

7 DIAS DE MAYO

Por FLETCHER KNEBEL
y CHARLES W. BAILEY II



EL DISCURSO DEL PRESIDENTE

Con este capítulo finaliza la publicación extractada de «7 días de mayo» que durante seis semanas hemos venido ofreciendo a nuestros lectores. Esta semana las páginas de TRIUNFO ofrecen el final de la interesante historia del complot militar montado y encabezado por el Jefe del Estado Mayor Interarmas, General Scott, para provocar la dimisión del Presidente de los Estados Unidos al que considera culpable por haber firmado un tratado de desarme con la U. R. S. S.

El relato de F. Knebel y C. Bailey constituye, en su versión íntegra, un excelente reportaje sobre la vida política americana, sobre las relaciones entre en Pentágono y la Casa Blanca, de los militares y políticos entre sí y sus vidas privadas, de la influencia de la televisión, etcétera. En estos momentos en los que la firma del Tratado de Moscú parece haber dividido las opiniones entre los altos jefes norteamericanos sobre su conveniencia o no, «7 días de mayo», que acaba de aparecer en las librerías españolas publicado por la editorial «Destino», merece ser leído íntegramente. Basándose en este apasionante relato, la «Paramount» ha producido una película que ha sido interpretada por Kirk Douglas, Ava Gardner, Burt Lancaster y Frederic March y cuyas primeras fotos ofrecemos, en exclusiva, en este número.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Habiéndose enterado el Presidente de los Estados Unidos, Jordan Lyman, a través del Coronel Casey, de que un grupo de militares al mando del General Scott está preparando un complot para derrocarlo, aprovechando la oportunidad de la «Alerta Roja General» y el descontento producido en el país por el tratado de desarme, se rodea de un grupo de colaboradores que le ayuden a establecer un plan de acción. Enviados Casey, Clark y Girard en misión especial, las sospechas se confirman. Sufren una serie de vicisitudes, y Paul Girard muere en accidente de aviación cuando llevaba un informe de capital importancia a Washington. Henderson, que había liberado a Clark y estaba en casa de éste, desaparece misteriosamente. Por otra parte, el General Rutkowsky ha interceptado una serie de vuelos procedentes de una misteriosa base instalada en los alrededores de El Paso. Afortunadamente, Whitney, Cónsul general de los Estados Unidos en Madrid, ha logrado rescatar de los restos del avión en el que se estrelló Paul Girard la pitillera en que estaba escondido el papel firmado por el Almirante Barnswell dando detalles sobre la conspiración. Lyman llama a Scott, suprime la «Alerta Roja General» y le invita a presentar su dimisión, a lo que el General no quiere acceder, alegando que tenía una autorización verbal del Presidente para la creación de la base de El Paso, y que todo está en regla. Al ver el informe de Barnswell debe ceder, y comprometerse a obtener la dimisión de sus confabulados.



Paul Girard, hombre de confianza del Presidente de los Estados Unidos, había conseguido informes de capital importancia referentes al presunto complot. A su regreso a Washington, su avión se estrelló en las inmediaciones de la sierra de Guadarrama, pereciendo todos sus ocupantes. En la foto, Martin Balsam.

1 TARDE

Una multitud de periodistas, tan densa que algunos, para escribir, tenían que apoyar su block en las espaldas de los que estaban delante de ellos, llenaba la sala de la prensa. El estrépito era ensordecedor.

Subido en su sillón giratorio, Frank Simon agitó las manos para reclamar silencio.

—Si se callan un minuto —gritó con voz ronca el agregado de prensa— les diré lo que sé. Primero: el Presidente ha pedido un cuarto de hora a todas las redes de televisión para pronunciar un discurso de importancia capital. Se lo han concedido y a la una hablará desde la sala del Consejo. Serán admitidos tres representantes de la prensa. Segundo: no se repartirá anticipadamente el texto, pero...

Protestas y juramentos estallaron por todas partes y se propagaron por el corredor y la antesala.

A veinte metros de allí, el Presidente Lyman, en mangas de camisa, estaba sentado en su despacho. Media docena de hojas cubiertas con su escritura estaban esparcidas sobre su mesa. De cuando en cuando, Todd o Clark releían una página y proponían alguna corrección. Un criado filipino trajo tres sandwiches, leche y café.

A las doce y media, Esther Townsend abrió la puerta.

—Las mecanógrafas tienen que tener el discurso dentro de cinco minutos si quiere que le hagan las copias como es debido —anunció.

Lyman le tendió su manuscrito. Líneas enteras habían sido tachadas y había palabras añadidas sobre las tachaduras.

—Dícteles el texto —recomendó—. Mientras, terminaré los dos últimos párrafos.

Uros minutos antes de la una, los tres hombres entraron en la sala del Consejo. Lyman llevaba diez hojas mecanografiadas en grandes caracteres con una máquina especial. Dos de las páginas, escritas a mano, tenían aún las correcciones de último momento.

En la puerta de la sala, Lyman se detuvo ante Esther:

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

Esther le examinó de pies a cabeza y le ajustó la corbata:

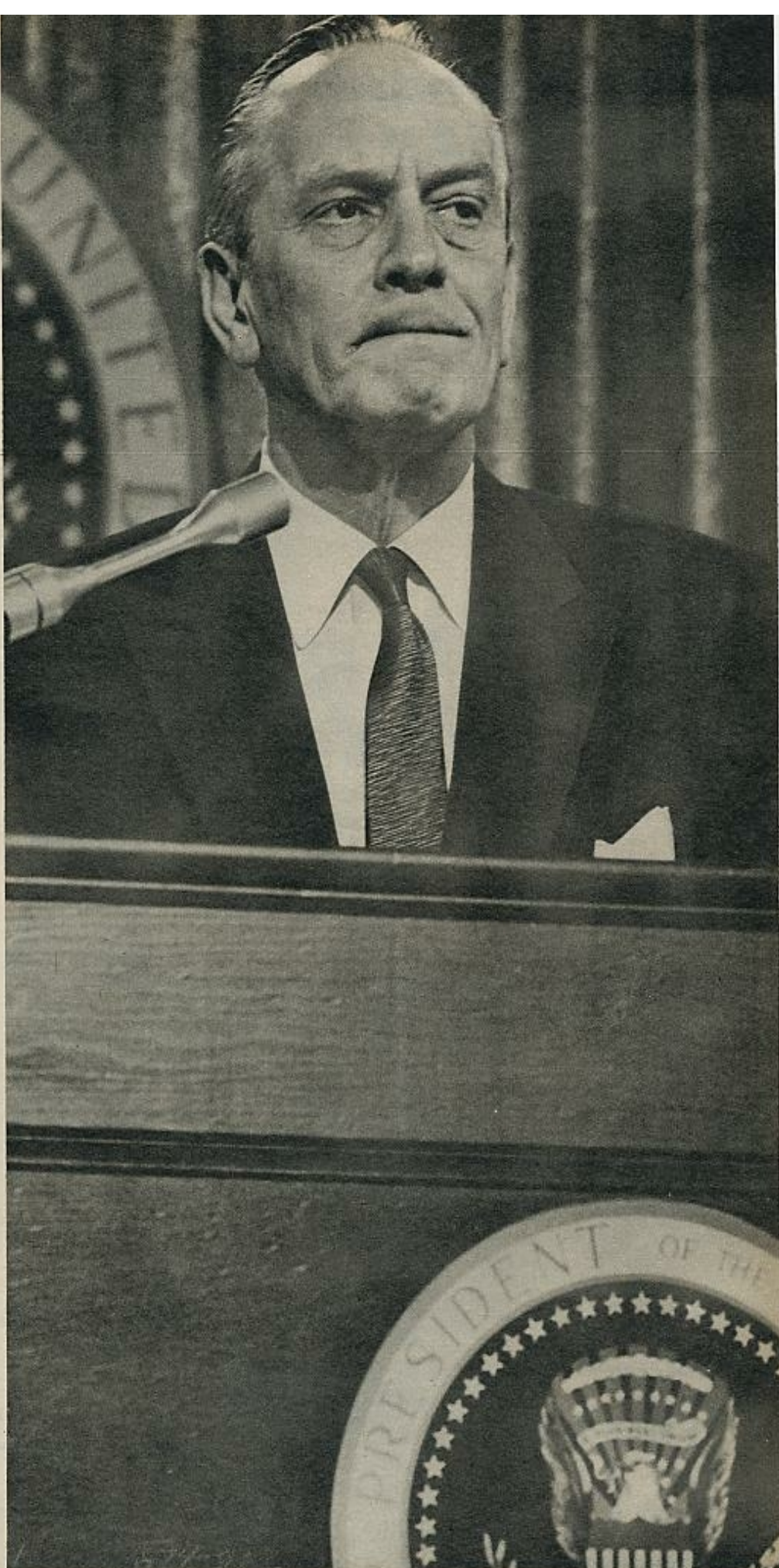
—Está muy bien así, Presidente —dijo—. Es cierto que tiene usted grandes bolsas bajo los ojos, pero le dan el aspecto de un gran hombre de Estado.

Un tumulto contenido llenaba la sala. Cinco cámaras de televisión, una por cada cadena principal, estaban apuntadas hacia el centro de la larga mesa del Consejo.

Lyman se situó detrás de un pequeño pupitre portátil adornado con el emblema presidencial.

feemerov ha aceptado

Uno de los hombres con casco alzó su índice: «¡Un minuto todavía!» Dobló el dedo: «Treinta segundos». Cesaron todos los cuchicheos. El director cerró su puño, mientras cinco locutores de la tele- **SIGUE**



El discurso del Presidente Jordan Lyman ante la cámara de la televisión era de capital importancia para el porvenir de los Estados Unidos, en el momento en que se ventilaban asuntos fundamentales para la seguridad del país. Frederic March interpreta al Presidente en la película inspirada en la obra original.

Las prendas confeccionadas con
FOAMLAY llevan esta etiqueta



¡Es garantía de prendas inarrugables!



ABRIGOS, TRINCHERAS, CHAQUETAS, PRENDAS
DEPORTIVAS EN GENERO DE PUNTO Y EN
TEJIDO DE LANA, SEDA, ALGODON Y NYLON

TEJIDO LAMINADO



HOMOLOGADO



FOAMLAY®

PUBLICIDAD

y... quítese un peso de encima

7 DIAS DE MAYO

visión, cada uno ante un micrófono, anunciaban: «Señoras y señores: el Presidente de los Estados Unidos les habla».

El puño se alzó de nuevo, y el índice se dirigió imperiosamente hacia Lyman. El Presidente comenzó a hablar:

«Queridos conciudadanos:

»Lamento acapararles en medio de una agradable jornada, cuando se encuentran descansando después de una semana de trabajo.

»No les importaría hoy si no se tratara de una cuestión extremadamente grave.

»Debo informarles de que se han presentado graves dificultades por lo que respecta al tratado de desarme nuclear recientemente ratificado por el Senado.

»Me es imposible indicarles la naturaleza exacta de nuestras dificultades. Sólo puedo decirles que espero superarlas. Es preciso, y lo antes posible, si queremos que este tratado, en el que hemos puesto tan grandes esperanzas, llegue a ser una realidad. Así, pues, hace dos días ordené a nuestro embajador en Moscú que pidiera al Presidente Feemerov una entrevista inmediata. Feemerov ha aceptado, y tengo el propósito de verle el próximo miércoles en Viena.»

En la sala de redacción de la U.P.I., un redactor del Servicio de Informaciones se apartó del aparato de televisión y le gritó a un operador de teletipo que esperaba a unos metros de él: «Comunicado: el Presidente se encontrará con Feemerov en Viena el miércoles.»

»El secretario de Asuntos Exteriores y algunos colaboradores más me acompañarán. Partiremos con ansiedad, pero sin temor, se lo aseguro, a ustedes y a todos los que puedan escucharme. Lamento no poderles decir más en este momento.»

la única salida

En la Agencia Central de Contraespionaje, al otro lado del Potomac, en Virginia, Saül Lieberman sacudió la cabeza en señal de aprobación: «¡Perfecto! Lyman ha encontrado la única salida del callejón. Es consecuente en sus ideas.»

En una alargada sala con techo alto del Kremlin, a la que llegaban las sombras del crepúsculo, Feemerov inclinaba la cabeza para escuchar la traducción. La retransmisión por satélite funcionaba perfectamente aquel día, y el ruso estudiaba los rasgos del Presidente americano en la pantalla de la televisión, mientras el intérprete hablaba rápidamente. ¿Conocía Lyman la existencia de la fábrica de Yakutsk? No, imposible. Estaba tramando una jugada de las suyas.

»Llego ahora al otro punto del que quiero hablarles. Lo abordo no sin pesar, pues el acontecimiento que acaba de tener lugar ha sido el que más consternación me ha causado de todos los que se han producido desde mi llegada a la Casa Blanca. **SIGUE**



Arriba, Burt Lancaster en su personificación del General Scott, el hombre que estaba a la cabeza del movimiento antipresidencial y del complot urdido para derrocar a Lyman. Abajo, Kirk Douglas, que además de intérprete es productor del film basado en el relato de Knebel y Bailey, y que encarna al Coronel Casey, que descubre, por azar, la conspiración e informa de ella al Presidente de los Estados Unidos.



7 DIAS DE MAYO

En el plazo de pocos minutos, el Presidente de los Estados Unidos tenía que preparar el discurso que informara a la opinión pública del acontecimiento más trascendental que se había producido en la historia del país en los últimos años.

La comunicación directa Washington-Moscú funcionó intensamente aquella noche. De aquella conversación dependía el que se produjera o no una nueva guerra nuclear.

Desde su camarote a bordo del "Eisenhower" anclado en Gibraltar, el Almirante Barnswell se frotaba las manos a medida que el Presidente avanzaba en su discurso.

Harold Mac Pherson, el popular cronista de la Televisión, estaba sentado ante su máquina de escribir. Puso las primeras palabras de su artículo: "Nuestro país está muerto. Muerto. Listo para que lo entierren".

«Como ninguno de ustedes ignora, la ratificación del tratado de desarme nuclear, más todavía que su firma, ha dado lugar a violentos debates en toda la nación.

»En nuestro país, cada cual es libre de pensar lo que le parezca, y quiera Dios que siempre sea así. Pero sin que lo supieran ustedes, algunos de nuestros más altos jefes militares se han convertido en adversarios encarnizados del tratado.»

diez dólares por palmer

Clark observaba a Lyman y pensaba: «No vayas demasiado de prisa, Jordie, habla lentamente; si no, van a sentir pánico. Vete despacio...»

»Yo estoy convencido, y el noventa por ciento de los americanos son de mi opinión, de que nuestros jefes militares, que han con-

sagrado su vida al servicio de la nación, deben tener la libertad de expresar sus opiniones. Por lo que se refiere al tratado, se les ha prestado la mayor atención.»

En el Pentágono, en el despacho del jefe de las Operaciones Navales, el Almirante Lawrence Palmer movió la cabeza: «Es cierto», dijo a su ayudante de campo.

El General Parker Hardesty, en su casa, junto a su mujer, se enfureció: «¡Eso es una mentira descarada!», gritó.

»Pero cuando el Presidente y el Senado, responsables ante los Estados Unidos, han tomado una decisión, el Ejército debe inclinarse ante ella y cesar en toda oposición.»

En Fort Myer, el General Scott, en traje de deporte, se encontraba en su despacho ante una televisión portátil. Los Generales Riley y Dieffenbach estaban a su lado.

—Hagámosle justicia —dijo Scott—. Para ser un hombre que está en el error más profundo, se defiende bien.

El personaje de Shoo Holbrook —la antigua amiga de Casey, con la que éste debe entrevistarse por orden del Presidente— lo interpreta Ava Gardner en el film que marca su retorno a los estudios de Hollywood. Las informaciones que Shoo proporciona al Coronel resultan de un inapreciable valor para continuar la encuesta iniciada a raíz del descubrimiento casual del complot que se trama para derrocar a Jordan Lyman.





Después de repasar mentalmente la lista de sus colaboradores, el Presidente de los Estados Unidos sólo pudo quedarse con un reducido número de ellos que le inspirasen la suficiente confianza, con los cuales inició, al poco de ser puesto al corriente de lo que se preparaba, una serie de reuniones de carácter confidencial.

Dieffenbach sacó su cartera del bolsillo:

—Apuesto diez dólares a que el próximo presidente del Estado Mayor Interarmas será Barney Rutkowski.

—Ya conoce mis debilidades —replicó Scott sonriendo—. Yo apuesto por Palmer.

»A comienzos de esta semana he sabido que el Presidente de los jefes del Estado Mayor Interarmas, General Scott, y otros tres oficiales superiores, no sólo seguían siendo adversarios del tratado a pesar de su ratificación, sino que incluso estaban tomando sus medidas para impedirme que lo realizara el 1 de julio.»

una compensación legítima

Millicent Segnier y Shoo Holbrook, sentadas una junto a otra, bebían «highballs» mientras miraban a la pantalla. «¡Dios mío!», exclamó Milly, «Va a destituir a Jim!»

»Tengo la más alta estima por el General Scott. Es una de las mejores inteligencias del Gobierno. Durante meses, sus consejos han sido preciosos, y a menudo indispensables, para resolver cientos de problemas. Cuando me dijo que formaba parte de un plan organizado para hacer fracasar el tratado, me negué a creerle. Pero el General Scott, con su habitual lealtad, me confesó francamente que era verdad. Yo me vi obligado, por consiguiente, a pedir su dimisión. Y él me la ha presentado la noche pasada. No obstante lamentar el privar a la nación de un oficial de tan altos méritos, yo se la he aceptado.»

En todas las salas de redacción de los Estados Unidos, los teletipos transmitieron las mismas palabras:

«Última noticia. El General Scott, destituido.»

El Almirante Farley Barnswell, en su camarote a bordo del «Eisenhower», en Gibraltar, se frotó nerviosamente las manos.

»Asimismo, con las debidas consideraciones, he pedido la dimisión a otros oficiales de gran valor: a los Generales Hardesty y Dieffenbach, del Estado Mayor del Ejército del Aire y del Ejército de Tierra, y al General Riley, jefe de la Infantería de Marina. Todos me la han presentado. Estos cuatro hombres de honor han tenido el valor de reconocer sus convicciones, y yo pediré al Congreso que no disminuya en nada el retiro al que tienen derecho. Ello es una compensación legítima a una vida entregada al servicio de la nación. Dicho sea de paso, insistiré también ante el Congreso, apenas terminen las vacaciones, para que sean revalorizados los sueldos del Ejército.»

en un mal momento

En la salita de fumar de una bella casa de campo de Connecticut, Harold Mac Person estaba hundido en un sillón **SIGUE**



SI ES UD. EXIGENTE, EXISTEN
VARIAS RAZONES PARA QUE
COMPRA UNA

CAMISA IKE

I K E

Está muy bien confeccionada

I K E

Sólo emplea los mejores tejidos

I K E

Presenta las últimas tendencias
de la moda

I K E

Está confeccionada por las mejores
operarias de España



CUIDA EL DETALLE

7 DIAS DE MAYO

ante su máquina de escribir. «Nuestro país está muerto», pensó. «Muerto. Listo para que le entierren. Los comunistas han ganado a Jordan Lyman para su causa; la obra que hemos construido se ha ido derrumbando lentamente.» Se sirvió dos dedos de whisky, se los bebió de un trago y arrojó el vaso, que se rompió en mil pedazos en la vieja chimenea.

»No es la oposición del general Scott y de sus colegas lo que yo desapruébo. Es el momento de esta oposición. Antes de que el Senado hubiera ratificado el tratado tenían el derecho, e incluso el deber, de expresar abiertamente sus opiniones. Pero cuando el voto del Senado ha incorporado el tratado a la política de los Estados Unidos, estaban en la obligación, mientras permanecieran en activo, de concederle todo su apoyo. Se lo han negado, y el Presidente no podía admitir esta negativa.»

»He tomado inmediatamente las medidas para sustituir a los oficiales dimisionarios, y no tienen ustedes que preocuparse por la seguridad de los Estados Unidos. El Almirante Lawrence Palmer, actualmente jefe de las Operaciones Navales, será el nuevo Presidente de los jefes del Estado Mayor Interarmas. El Presidente del Tribunal Supremo procederá a tomar juramento al Almirante Palmer esta tarde en mi despacho.»

En Fort Myer, Dieffenbach sacó en silencio un billete de diez dólares de su cartera y se lo tendió a Scott. El ex Presidente del Estado Mayor Interarmas, con los ojos semicerrados, miró por la ventana el Capitolio bañado por el sol. «Jamás podré echar a Palmer», pensó.

FIN

Copyright 1963 by Harper & Row Publisher Inc.



Arriba, el Senador Clark —interpretado por Edmond O'Brien—, secuestrado por Broderick cuando intentaba averiguar lo que realmente ocurría en la misteriosa base de El Paso, logró persuadir a Henderson —Andrew Dugan— para que le hiciera salir de su encierro. Scott, por su parte, foto inferior, cuando el discurso del Presidente en la televisión podía hacer pensar que todo había terminado para él, seguía alimentando sus ambiciones.